

El resurgir campesino

A pesar de que la población campesina ha sido una de las capas sociales que más duramente ha sufrido las consecuencias del desarrollo capitalista de las últimas décadas, su capacidad de respuesta ha sido muy escasa. Así, mientras que a finales de los cuarenta y a principios de los cincuenta ya encontramos importantes precedentes de huelgas en la industria o en servicios, habría que situarse casi en la década de los sesenta para hablar de las primeras luchas campesinas de la posguerra.

Las razones de este atraso son diversas y de distinta índole (sociológicas, culturales, políticas, etc.). Han sido factores decisivos, la dureza de la represión, la emigración que ha expulsado del campo a los hombres más conscientes, la eficacia del control político en el campo donde la clandestinidad es casi imposible, y la dispersión, con la consiguiente dificultad para concentrar y reunir a los afectados por un mismo problema. El análisis en profundidad de estas causas sería interesante, pero no es el objeto de este artículo y, por ello, sólo se han enumerado algunas.

La escasa atención que se ha prestado a los problemas de los hombres que trabajan en el campo ha sido una constante de los últimos años. Esta marginación ha tenido su fiel reflejo en la ausencia de información sobre dichos problemas, tanto a nivel de prensa diaria como de revistas y otro tipo de publicaciones. Esta carencia informativa ha contribuido en parte a que el desfase al que antes aludíamos haya aparecido mucho más exagerado de lo que en realidad ha sido. Y esto es especialmente cierto para los últimos años en los que la proliferación de conflictos agrarios ha sido considerable.

El resurgir de las luchas y movimientos campesinos

El auge que las luchas campesinas han adquirido a partir de 1970 ha contribuido en gran medida a romper el silencio informativo. Cada vez son más numerosos los artículos de prensa que abordan los conflictos de los agricultores y trabajadores agrícolas, así como informaciones acerca de las organiza-

ciones campesinas, que, al calor de estas luchas, han ido surgiendo en las distintas regiones y nacionalidades del Estado español.

En este contexto hay que situar la reciente aparición del libro "Crisis agraria y luchas campesinas: 1970-1976" (1). La documentación recogida en este libro viene a cubrir un importante vacío que no sólo era debido a la escasa atención prestada a este tipo de luchas, sino también a una menor libertad informativa que en la actualidad. El libro, a pesar de que no es uniforme en la cantidad y calidad del material contenido en cada conflicto, ofrece en su conjunto un notable interés. En especial, la información recogida es una valiosa ayuda a la hora de analizar en profundidad temas como el proceso de desarrollo capitalista en el campo y la estructura de clases sociales.

Mario Gaviria • José M.^a Sumpsi

Quizá una de las aportaciones más interesantes de este trabajo sea la sistematización de los conflictos. En este sentido cabe destacar la superación de una visión restringida de la problemática campesina. Así, no sólo se describen los clásicos conflictos derivados de las contradicciones existentes en la esfera de la producción, sino que se abordan otros relacionados con la ausencia de servicios en las poblaciones rurales, o aquellos que aparecen como consecuencia de las agresiones a la propia supervivencia de los agricultores (centrales nucleares, planes de ordenación turística...).

En esta época, la mayor parte de los conflictos surgieron de forma casi espontánea, lo cual dio a estas luchas, sobre todo a las primeras, unas características propias. La ausencia de organizaciones campesinas y de líderes que dirigiesen con claridad las luchas ha sido decisiva y ha restado eficacia a muchas acciones. Durante este tiempo, la ineficacia y pasividad de la Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos, organización sindical única y obligatoria, fue absoluta.

En los últimos dos o tres años y precisamente como consecuencia

del desarrollo de luchas campesinas, se ha alcanzado un mayor grado de organización, existiendo ya en la actualidad embriones de sindicatos campesinos en la mayoría de las regiones y nacionalidades del Estado español, aunque su grado de implantación no es homogéneo. Además, en estos momentos hay factores nuevos que inciden positivamente en el desarrollo de las organizaciones campesinas. Por un lado, las condiciones políticas actuales, que permiten una cierta tolerancia para reuniones, asambleas, etcétera. Por otro lado, unas condiciones objetivas que tienen como origen la agudización de la crisis de la economía española y, en concreto, la agobiante situación de los agricultores.

Los dos conflictos más significativos de estos últimos años son la guerra del pimiento (Navarra,

1973), conflicto que abre la larga serie de guerras agrícolas, y la guerra del maíz (Aragón, 1976).

La guerra del pimiento surge de forma espontánea. Es una acción rápida, dura e imprevista que se produce como respuesta a una situación desesperada. No hubo apenas organización, y la represión fue muy dura.

La guerra del maíz, en cambio, se venía fraguando desde hacía meses. La duración y amplitud del conflicto, así como la organización de los agricultores a lo largo de todo el conflicto y al margen de las Hermandades, fue decisiva. La represión fue menor que en la guerra del pimiento. A raíz de esta lucha se creó un movimiento de gran extensión, con sus propios líderes, y que ha cristalizado en la Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón.

El papel de las Hermandades en las luchas campesinas

En un primer momento, el papel de la Hermandad como tal institución (independientemente de que algún presidente local apoyara las luchas de forma sincera) fue la de colchón amortiguador entre los

agricultores y el Gobierno. En muchos conflictos actuaron como un auténtico freno, realizando todo tipo de maniobras para que las luchas no trascendieran ni se crearan serios problemas.

Puede decirse, por tanto, que hasta hace poco, la Hermandad ha mantenido una postura pasiva, y cuando ha intervenido ha sido para frenar las luchas campesinas. Sin embargo, recientemente y conforme el proceso de descomposición de los sindicatos verticales se ha ido acelerando, vislumbrándose la libertad sindical, la actuación de las jerarquías de la Hermandad nacional ha variado. En efecto, en el caso de la guerra del maíz fue el presidente de la COSA, de Zaragoza, quien hizo el llamamiento a los agricultores para salir a la carretera con los tractores, con objeto de protestar por la situación del maíz.

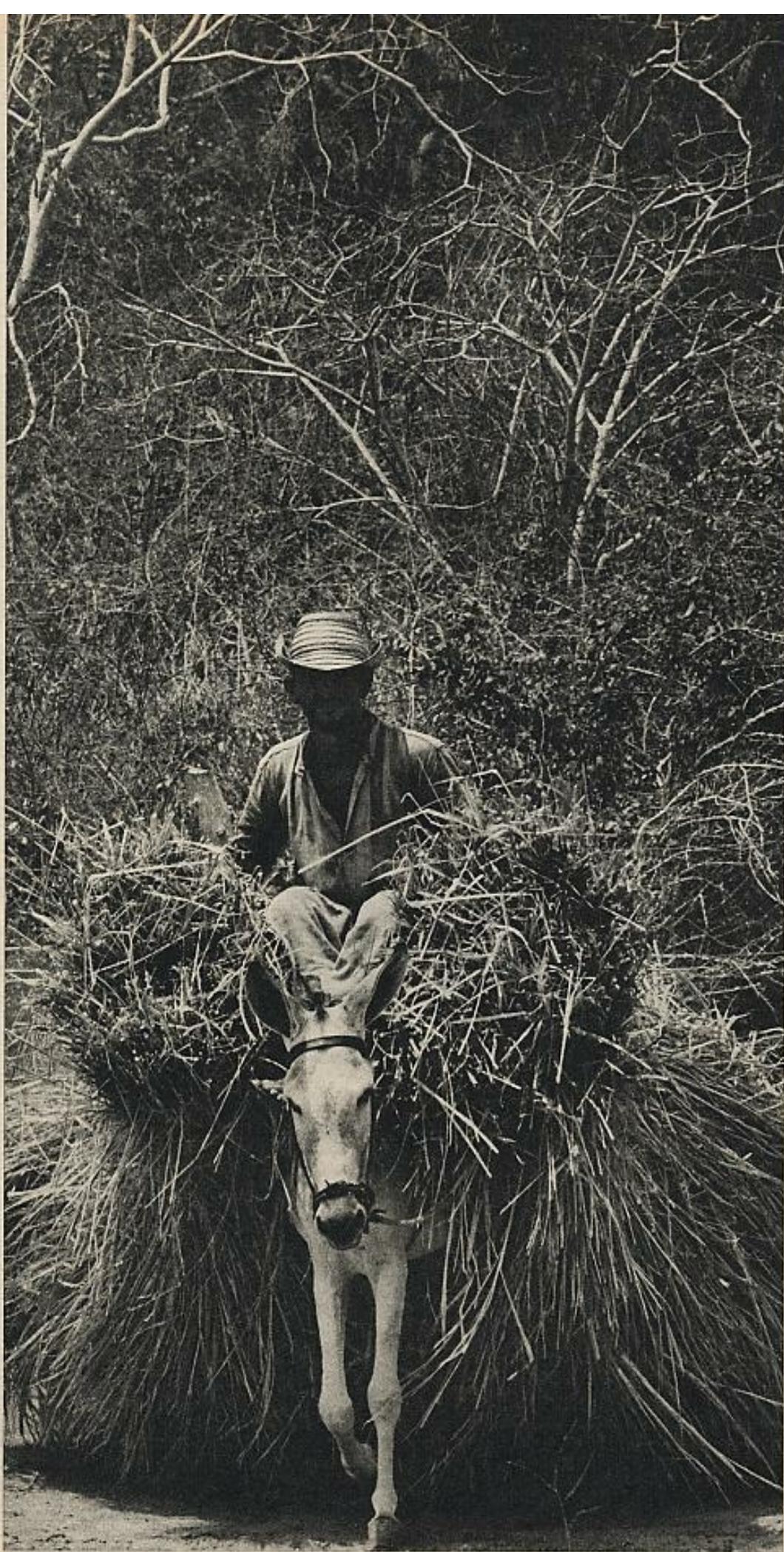
Del mismo modo, las manifestaciones de agricultores que hasta el momento se han celebrado en Tarragona, Lérida, Palencia, Valladolid, Valencia y Jaén, han sido todas convocadas por los respectivos presidentes de COSA, excepto en Valencia, que fue la más masiva a pesar de tener la oposición del presidente de la Cámara Provincial.

Mombiedro, con su gran capacidad demagógica, intenta sacar partido de esta situación, presentándose con una nueva pero ficticia imagen que está utilizando de cara a la creación del nuevo sindicato a partir del aparato actual.

Es necesario clarificar qué hay detrás de esa pretendida imagen, que tan demagógicamente utilizan, de auténticos representantes y defensores de los intereses de los agricultores. Referente a lo primero cabe recordar que las últimas elecciones sólo fueron pseudo-democráticas y respecto a la labor de la Hermandad defendiendo los intereses de los agricultores hay mucho que decir.

La mayoría de las veces que la Hermandad ha convocado reuniones, manifestaciones, etc., no ha sido por propia voluntad y gusto, sino a pesar suyo y como consecuencia de la presión de los agricultores. Por otro lado, aparece de forma evidente la trivialización de las luchas campesinas por parte de la Hermandad. En efecto, las acciones organizadas por ésta han respondido más a una necesidad de apuntarse tantos que a una defen-

(1) "Crisis agraria y luchas campesinas 1970-76". Alonso, Calzada, Langreo, Huertas y Viñas. Ed. Ayuso, 1976.



sa firme de los intereses campesinos.

La guerra del maíz es uno de los conflictos más demagógicamente utilizados por la Hermandad. Pues bien, todo el mundo sabe o debería saber que después de los primeros momentos y cuando el presidente de la COSA, de Zaragoza, se dio cuenta de que el conflicto podía escaparse de las manos, dio marcha atrás y ordenó a todos los agricultores que volviesen a sus casas, acusando de subversivos a los que siguieran en la carretera. Como todavía no se había resuelto el problema del maíz, ni había soluciones concretas a la vista, los agricultores no hicieron caso y continuaron en la carretera, quedando en evidencia los objetivos reales del presidente de la COSA.

Otro ejemplo es la actuación de la Hermandad en las discusiones del FORPPA para la regulación colectiva de los precios de la pasada campaña. En una reunión de varios presidentes de COSA se decidió convocar acciones de protesta en todo el país en caso de no ser aceptados los precios que la Hermandad pedía. Aproximadamente un mes más tarde se aprobaron los precios definitivos, que resultaron muy inferiores a los que se pedían, y, sin embargo, la Hermandad no convocó ninguna acción de las que había anunciado, alegando que no se podían mezclar los problemas de los agricultores con la política y dejando a los agricultores en la estacada.

Por último, la Asamblea General de la Hermandad Nacional, celebrada meses más tarde en Madrid, así como las tardías manifestaciones convocadas por las COSA, han sido acciones con fines publicistas más que de defensa real de los agricultores.

Sindicalismo corporativista y clases sociales en el campo

Una característica esencial de los sindicatos agrarios que propugna la derecha es el "profesionalismo". El planteamiento de Mombiedro no escapa a este nuevo corporativismo agrario. En efecto, lo que se pretende es aglutinar en torno a una organización sindical a to-

El resurgir campesino

dos los agricultores, desde una perspectiva de profesionales-empresarios, sin tener en cuenta las diferencias que existen entre un agricultor de Castilla con cien hectáreas, un ganadero gallego con tres o cuatro vacas o un terrateniente andaluz con mil hectáreas. Y esto nos introduce en un tema de capital importancia, tanto para rebatir los planteamientos sindicalistas de la derecha, como para la orientación de los actuales movimientos campesinos democráticos. Nos referimos al estudio de la estructura de clases sociales existentes hoy en día en el campo español.

Cualquier discusión conceptual sobre el sindicalismo agrario de clase no es posible sin este estudio. El análisis de las clases sociales es también imprescindible para la definición de cualquier programa agrario, que necesariamente beneficiará a unas clases y perjudicará a otras. Por último, el estudio de las posibles alianzas debe hacerse en base al análisis de clases y contradicciones.

El tema de las clases sociales en el campo es en sí difícil y polémico, y debe abordarse con rigor. Y no basta el clásico análisis que utiliza como criterios la superficie de la explotación, el número de obreros, etcétera. El tema es más complejo que todo esto, hay aspectos tan cuestionables como la consideración de asalariado o no de los pequeños agricultores, que aunque propietarios del medio de producción fundamental —la tierra—, dependen en sus decisiones de una cadena de integración vertical o fábrica de transformación a la que están subordinados. Por otro lado, el proceso de diferenciación social que se ha producido en el campo ha sido muy complejo, como consecuencia del peculiar desarrollo capitalista de las últimas décadas. A las características tradicionales del capitalismo hay que añadir, en el caso del modelo español, todo el caos de un desarrollo económico sin ningún tipo de control democrático, como corresponde a una dictadura.

Desde el ganadero a tiempo parcial de Asturias o Santander, al pequeño agricultor que participa en una cadena de integración vertical y además es pluriempleado, o al agricultor que ha aumentado su dimensión de cultivo a base de ser propietario, arrendatario y aparcero a la vez, pasando por el agricultor de Soria que ha emigrado y trabaja actualmente en una fábrica de Barcelona, pero sin dejar de cultivar, aunque sea a distancia, el clásico cereal castellano, empleando para ello sus períodos de vacaciones (y no es algo inventado, sino real) o al que trabaja como asalariado en una explotación, y además cultiva su propiedad, o al que trabaja en una gran explotación recibiendo a cambio no un salario, sino la prestación de la maquinaria de la gran

explotación para labrar su pequeña parcela, configuran una estructura de clases relativamente compleja. Y esto es algo que hay que clarificar si no se quiere cometer serios errores al plantear un programa agrario o cualquier estrategia de luchas. En efecto, si tomamos como ejemplo la aplicación de una medida que sin más precisiones vaya contra el rentista de tierra en general, nos podemos encontrar con que los intereses afectados no son sólo los de la clase capitalista-empresarial-absentista, sino los del obrero de Eibar, que complementa su salario con la renta de su pedazo de tierra en Segovia.

Como un intento de aproximación y sin que pueda considerarse un análisis riguroso, esbozamos a continuación las clases sociales que se perfilan en el campo español. Se trata de una abstracción, ya que se prescinde de clases intermedias y más "raras" a las que antes aludíamos. Pensamos que dicho esbozo presenta cierto interés, aun a riesgo de caer en el esquematismo o simplificación excesiva. El interés fundamental es dejar bien claro que no se puede hablar

especialmente en provincias como Cádiz, Granada, Jaén, Málaga y Sevilla. Otras características tendrían los trabajadores por cuenta ajena de Alicante, Castellón, Murcia y Valencia, donde todavía son muy numerosos, pero tienen ocasiones de trabajo industrial, aparcerías y medierías y arrendamientos para cultivos hortícolas intensivos. Esas provincias señaladas son aquellas que reúnen casi el 60 por 100 de los jornaleros que actualmente hay en España. En el campo del Estado español quedan cuatro figuras claves dentro de estos trabajadores por cuenta ajena. Los tractoristas de las empresas medianas y grandes, que trabajan muchísimas horas al año, con salarios inferiores a los de la industria; con problemas de aislamiento social y trastornos digestivos y de la columna vertebral a partir de los cuarenta años, son los que labran la piel del toro ajeno.

Los pastores, tradicional y erróneamente considerados como los más simples e ignorantes de los pueblos, de los que todavía se puede calcular que hay unos noventa mil.



El auge que las luchas campesinas han adquirido a partir de 1970 ha contribuido en gran medida a romper el silencio informativo. En la foto, concentración de agricultores en Valencia.

de los problemas del campo en general ni de los precios de los productos agrícolas en particular. En el interior del sector agrario coexisten diversas clases sociales, cada una con sus intereses y contradicciones; algunos problemas les afectan a veces en forma parecida, pero a veces en forma distinta e incluso enfrentada.

Dicho esto, y teniendo en cuenta que las clases sociales son diferentes según las regiones españolas, desde el País Vasco, donde poco más del 3 por 100 de la población activa son agricultores, hasta Andalucía o Canarias, donde más del 25 por 100 trabaja todavía en el campo, pasamos a la descripción de los grupos sociales más importantes, basándonos principalmente en nuestros trabajos de campo.

Los jornaleros por cuenta ajena, sin tierra, en número de unos setecientos mil, estarían en un 70 por ciento o más como eventuales, es-

Los braceros andaluces de la aceituna, de los cortijos, de los viñedos de Jerez.

Los temporeros de la recolección (gitanos, estudiantes, marginados, etcétera).

Los tractoristas por cuenta ajena van a más en número y en importancia, así como en exigencias salariales. En la provincia de Huesca, en Lérida, en Andalucía, son imprescindibles. Política y sindicalmente están poco organizados todavía. Los pastores son muy viejos, van a menos y tendrán que dar paso a un nuevo tipo de pastor. Los jornaleros, especialmente los andaluces (Carmona, Sevilla, Jerez, etcétera), aunque en menor número que antes de la guerra civil, comienzan a estar organizados y han protagonizado luchas muy importantes. Las organizaciones de trabajadores agrícolas son independientes de los movimientos campesinos configurados en los últi-

mos meses; en las uniones de agricultores y ganaderos, Unión de Pagos, etc., están presentes, sobre todo, los pequeños agricultores.

Los pequeños agricultores, que por tener estadísticas adecuadas podríamos encuadrar aproximadamente como aquellos con menos de veinticinco mil pesetas de líquido imponible. Forman en España un grupo importante de unas setecientas cincuenta mil personas activas, con distribución regional muy diferente.

Los hay desde los muy pobres y muy viejos hasta los de edad media e ingresos saneados (zona de Lérida, por ejemplo). Desde los que tienen poca tierra y deben emplear parte de su tiempo trabajando fuera de la explotación (agricultores a tiempo parcial) hasta los que dedican todo su tiempo a la explotación. Son los auténticos agricultores con trabajo físico y personal directo, que conducen su tractor, los que lo tienen. Son los protagonistas de las guerras agrícolas simbolizadas en nuestros amigos Lander en Navarra o Fernando Moliné en Aragón. Son los que se resisten a ser expulsados de la tierra y defienden la dignidad de su condición de agricultor. Como el lema que presidía el I Congreso de la Unión de Pagos: "Queremos trabajar y vivir de la tierra".

Son pequeños empresarios rodeados de deudas por todas partes. Las letras del tractor, de los abonos. Son los que salen a las carreteras, los que defienden los precios y los que dan la cara. Son los que elaboran concienzudos estudios de costos, supliendo lo que los técnicos agrarios no les han hecho durante muchos años. Son los que quieren fijar los precios en virtud de unos costos, aunque a veces no se dan cuenta que este tipo de economicismo es peligroso, porque se puede caer en el terreno demagógico de los dirigentes de la Hermandad Nacional. En el sistema capitalista inflacionario actual, los empresarios industriales y de servicios no fijan los precios por los costos, ni por la ley de la oferta y la demanda; los precios se fijan por la ley del más fuerte.

Los estudios de costos son importantes como elemento objetivo en la negociación, pero no basta; los precios deben defenderse con importantes movilizaciones de agricultores y con conciencia de que se está defendiendo algo más que el beneficio empresarial. Se está luchando por el nivel de vida y el poder adquisitivo de una importante clase social trabajadora.

Pensamos que los pequeños agricultores, al evaluar los precios, no plantean una auténtica compensación de su tiempo de trabajo, de sus condiciones de vida, de su deficiente seguridad social, que estuviera en consonancia con la retribución de la clase obrera industrial o de los empleados y funcionarios de servicios en las grandes ciudades. Los pequeños agricultores, sin los que el país no podría alimentarse, están escindidos entre su bajo nivel de vida y su mentalidad de



La guerra del maíz es uno de los conflictos más demagógicamente utilizados por la Hermandad. Sobre estas líneas, los agricultores aragoneses, al regreso a sus casas una vez acabado el conflicto.



Los jornaleros por cuenta ajena, sin tierras, estarían en un 70 por 100 o más como eventuales, especialmente en provincias como Cádiz, Granada, Jaén.



Los tractoristas trabajan incontables horas al año con salarios inferiores a los de la industria, con problemas de aislamiento social y trastornos digestivos y de la columna vertebral.

empresario crecientemente incorporado a los mecanismos financieros bancarios y tecnológicos capitalistas.

Los medianos agricultores pueden considerarse como una clase en transición y, por tanto, su definición es difícil, ya que parte se sitúa con los pequeños agricultores y parte con los grandes agricultores, dependiendo de diversos criterios el considerarlos como una clase u otra.

Por último, están los grandes agricultores. Estos dominan la burocracia de la Hermandad Nacional. En el paseo del Prado hablan con acento andaluz hasta las secretarías de la Hermandad Nacional. La clave de esta clase social de grandes agricultores es que muchos tienen otras profesiones (médicos, abogados, ingenieros, etc.) y otras fuentes de ingresos (acciones, casas en la ciudad, negocios urbanos —farmacias, tiendas, garajes, etc.—). Estos ni salen con el tractor a la guerra del maíz, puesto que no lo saben conducir y son de derechas, ni se atreven a enviar a sus tractoristas. Son cultivadores directos, pero no personales, y aunque obtengan menos precios sobreviven por la revalorización de sus tierras.

En la lucha de clases rural, los grandes agricultores se encuadrarán en la Asociación Regionalista Agraria de A. Ballarín, aunque él desearía algo más populista.

Sin embargo, dentro de los grandes agricultores es necesario distinguir dos fracciones, una que sólo participa de la condición de empresario agrario y otra que, además, está ligada al capital monopolista que controla la comercialización y transformación de productos agrarios.

En los próximos años, las contradicciones entre clases seguirán desarrollándose y no solamente las que se manifiestan en la fase de producción y venta, sino también aquellas que encuentran su origen en la irracionalidad del capitalismo y en su contradicción última: la propia autodestrucción del sistema por degradación y agotamiento de los recursos. En este sentido, las luchas campesinas ya han empezado a jugar un papel decisivo en la protección del medio ambiente. En efecto, la lucha de los agricultores por su propia supervivencia les lleva a convertirse en los últimos defensores de la integridad ecológica del territorio. En el libro citado al principio del artículo se describen varios conflictos que participan de esta condición: la lucha contra las centrales nucleares y las luchas contra los planes turísticos como el caso de Belagua (Pirineo de Navarra). Actualmente, otras luchas similares y con el mismo trasfondo se están librando (contra las plantas de flúor en Santander; contra las celulosas, contra los grandes embalses de Lumbier, en Navarra y Campo, en Huesca, etc.). Estas luchas representan una tendencia que ahora despunta y que, sin duda, se irá desarrollando en los próximos años. ■ M. G./J. M. S.